



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

6047/0812

Música para la eternidad

De la tierra salimos y a la tierra volvemos, como cualquier otro ser vivo. El ecosistema no se ve alterado, sino todo lo contrario, cuando nuestros restos o cenizas vuelven a su lugar de origen, a la buena tierra, al hermosísimo mar, o al aire, si las cenizas son eventadas. La tierra, el fuego, el aire o el agua, los cuatro elementos, reciben con amor lo que queda de nosotros. Pero los ritos funerarios, las llamadas Pompas Fúnebres, se han vuelto más pomposas en estos tiempos.

Hace ya varios años que se anuncian cementerios para gente de posibles, de buenas familias. Cementerios ecológicos les llaman: nada de feos nichos o muriendas bonificables, pero sí hermosas tumbas excavadas en el santo suelo, y cubiertas con lápidas, a gusto del consumidor —o mejor, consumido—, entre preciosos árboles y rodeadas de césped. Hace unas semanas se celebró en Valencia la Funermuestra 93. Es su segundo año de andadura, y hubo muchas novedades: lápidas de lava pulida y esmaltada de una duración garantizada de 10.000 años, siglo más, siglo menos; ataúdes bio-degradables, muerto incluido. Son casi 300.000 clientes que fallecen y mueren cada año, sólo un 30% fumadores, para que no se metan más conmigo. El sector nacional del Estado de las Autonomías se ha puesto a nivel europeo en este asunto y hasta exportamos, sobre todo al Tercer Mundo. Vamos bien. Para el año próximo se anuncian tumbas estereofónicas: música para la eternidad, para la nada. Negocio redondo, como la Tierra.